

Juan Crisóstomo

BAUTISMO DE CRISTO

I

Todos vosotros sentís hoy alegría: solo yo siento tristeza: porque al echar una mirada a este piélago espiritual, al contemplar las

ilimitadas riquezas de la iglesia, y pensar que, apenas pase esta fiesta, se retirará también de aquí, y huirá como antes este numeroso auditorio, siento en mi alma grande amargura y angustia, por ver que la iglesia que ha criado a tales hijos, no puede gozar de su vista en cada reunión, sino solamente el día de la festividad. ¿Qué alegría espiritual, qué regocijo sería el nuestro, qué gloria la de Dios, qué provecho el de las almas, si en cada reunión viéramos tan llenos como ahora los ámbitos de este templo? Pero muy al revés, mientras los marineros y pilotos nada dejan de hacer por atravesar el piélago y presentarse en el puerto, nosotros, que verdaderamente estamos en alta mar, anhelamos ser agitados por el oleaje, expuestos continuamente a naufragar entre las inmensas olas de las cosas terrenas; y siendo así que somos continuos en las plazas y tribunales, a duras penas nos presentamos aquí una o dos veces al año. ¿Es que ignoráis que, como los puertos en el mar, así puso Dios las iglesias en las ciudades, para que, refugiándonos en ellas de la agitación y borrascas de la vida, podamos gozar de tranquilidad? Porque aquí no hay que temer el embate de las hinchadas olas, no los asaltos de los ladrones, no las acometidas de los facinerosos, no la violencia de los vientos, no, finalmente, las asechanzas de las fieras; porque este es un puerto libre de todos estos males, puerto espiritual de las almas. Testigo sois de lo que digo vosotros mismos; porque quienquiera de vosotros que escudriñe su conciencia, hallará aquí dentro mucha tranquilidad: no le enoja la ira, no le inflama la concupiscencia, no le carcome la envidia, no le hincha la vanidad y locura, no le corrompe el amor de vano renombre, sino que todas estas fieras están sujetas, mientras como divino encantamiento penetran en el alma las Sagradas Escrituras, y adormecen los apetitos irracionales. Por consiguiente, ¿qué miseria no sería, pudiendo gozar de tan divina sabiduría, no venir y acudir a menudo a la común madre de todos, la santa iglesia? Porque ¿qué ocupación me puedes objetar más necesaria que ésta?

Me dirás en todo caso, que te impide la pobreza gozar de tan hermosa reunión; pero no es buena la excusa. Siete días tiene la semana; estos siete días nos los dividió el Señor; y no de manera que nos diese a nosotros la parte menor y se reservase para sí la mayor, sino que ni aun siquiera los repartió por igual, pues no quiso darnos tres días y quitarnos otros tres, sino que a nosotros nos dio seis y para sí se reservó uno. Y ni siquiera en este día te obligó a desprenderte por completo de los negocios de la vida; y, a pesar de todo, ¡tú tienes

la osadía de imitar en él a los que saquean los objetos sagrados, pues desgarras el día verdaderamente santo, destinado para oír la predicación espiritual, y abusas de él para emplearlo en pensamientos mundanos!

Y ¿qué digo, dar a Dios un día entero? Ya sabes lo que hizo la viuda con la limosna; pues haz tú lo mismo con el tiempo del día; así como ella echó dos óbolos y alcanzó del Señor mucha gracia, así tú consagra dos horas a Dios, y sentirás en tu alma la ganancia de innumerables días. Pero si esto te parece duro, mira no sea que no queriendo privarte durante una pequeña parte del día de la ganancia terrenal, pierdas después el trabajo de años enteros. Porque sabe Dios despreciado desvanecer y aniquilar las riquezas amontonadas. Así lo dijo él amenazando a los judíos, porque no hacían caso de las obligaciones del templo. *Vosotros llevastéis a casa las riquezas; y yo las deshice con un soplo, dice el Señor* (Aggeo, c. 1 , v. 9).

Si sólo una vez o dos al año estás entre nosotros, díme: ¿qué te podremos enseñar de lo que te es necesario saber sobre el alma, sobre el cuerpo, sobre la inmortalidad, sobre el reino de cielos, sobre los castigos, sobre el infierno, sobre la grande misericordia de Dios, sobre el perdón, sobre la penitencia, sobre el bautismo, sobre la remisión de los pecados, sobre la creación del cielo y de la tierra, sobre la naturaleza de lo shombres, sobre los ángeles, sobre la perversión de los demonios, sobre las asechanzas de Satanás, sobre la norma de la vida, sobre los ayuno, sobre la verdadera fe, sobre las corrompidas herejías? Puesto que tales cosas y muchas más conviene que sepa un cristiano, y de razón de ellas a quienes se las pregunten. Mas vosotros ni la más mínima parte de estas podréis aprender, mientras vengáis aquí una sola vez, y esto por ceremonia, y por la costumbre de venir en las fiestas, no por la devoción de vuestra alma. En efecto; por contento me daría, si aún acudiendo a cada reunión de estas, hubiera uno que pudiese cuidadosamente retener todo lo dicho.

Muchos de los que aquí estáis presentes tenéis esclavos e hijos, y cuando queréis ponerlos en manos de los maestros de las artes que hayáis elegido, les impedís, por una parte, absolutamente el acceso a vuestra casa, y por otra, dándoles cama, alimento y todos los demás recursos necesarios, hacéis que habiten en la casa del maestro con prohibicción de venir a la vuestra, a fin de que de la continua permanencia con el maestro resulte más esmerada la instrucción, sin que ningún cuidado importuno interrumpa la serie de las lecciones; y

ahora que se trata de aprender, no un arte cualquiera, sino el arte de las artes, que es cómo debemos agradar a Dios y conseguir el cielo, ¿creéis que es razón hacerlo por ceremonia? Y ¿qué locura no es esta?

Y que el aprender es negocio que pida mucha atención, bien lo manifiesta la Escritura; óyelo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29); y otra vez dice el profeta: *Venid, hijos, y escuchadme, que os voy a enseñar el temor de Dios* (Sal. 33, 12); y de nuevo: *Desentendeos de los demás, y conoced como yo soy Dios*. Luego es necesaria mucha tranquilidad y atención a quien ha de gozar de esta sabiduría.

II

Mas para no emplear todo el tiempo en reprender a los que han faltado, contentándonos con lo dicho para la enmienda y corrección de los tales, discurramos ya algo sobre la presente festividad. Porque muchos celebran las fiestas y saben sus nombres, pero ignoran los fundamentos de su institución.

Todos saben que la fiesta de hoy se llama *Epifanía* (*manifestación*); pero que es la manifestación, y si es una o son dos, esto ya no lo saben; y sería cosa muy vergonzosa y causa de mucha risa, que los que cada año celebran esta fiesta, ignoraran su fundamento. Por consiguiente, es necesario, en primer lugar, manifestaros, amadísimos oyentes, que no hay sólo una manifestación, sino dos: la primera es esta presente que hoy celebramos; la segunda es la venidera, que ha de celebrarse con mucha gloria, después de la consumación de los siglos. Y por lo que hace a cada una de ellas, oíd como hoy habla San Pablo con Tito, y le dice así (Tit. 2, 11-12): *Apareció la gracia de Dios, Salvador de todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanales, vivamos en el siglo presente conforme a la prudencia, justicia y piedad*; y acerca de la Epifanía verdadera, dice (v. 13): *Aguardando la esperada bienaventuranza, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*; y sobre la misma dijo así el Profeta: *El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor, el día grande y manifiesto* (Jl. 2, 31).

Mas, ¿por qué causa se llama Epifanía, no el día en que nació, sino el día en que fue bautizado? Pues ya sabéis que el día de hoy es el de su bautismo, en que santificó la naturaleza del agua; y esta es la

razón por qué todos, a media noche, sacando agua en esta fiesta, la llevan a sus casas y la guardan un año entero, en memoria de haber sido santificadas las aguas; y sucede un prodigio manifiesto; pues el agua que hoy se saca no se corrompe con la duración del tiempo, sino que permanece durante uno y hasta dos y tres años incorrupta y como reciente todavía, y puede, después de tanto tiempo, competir con la recién sacada de la fuente.

Pero, en fin: ¿por qué el día de hoy se llama Epifanía? La razón es, porque la manifestación de Jesucristo a todo el mundo no tuvo lugar cuando nació, sino cuando fue bautizado; porque hasta este día era desconocido del pueblo. Y para que te persuadas que era ignorado del pueblo y no sabían quien era, oye las palabras de San Juan Bautista (Jn. 1, 26): *En medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocisteis*. Y ¿qué de admirar es que no le conocieran los demás, si hasta aquel día el mismo Bautista no supo quién era? *Porque yo, dice (ibid. 33), no le conocía, sino que quien me envió a bautizarle en agua, me dijo: sobre quien vieres descansar el Espíritu como paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo.*

Queda, pues, probado, por lo dicho, que hay dos Epifanías; ahora es preciso añadir por qué razón va Cristo a ser bautizado, y que bautismo va a recibir, por ser punto que debéis saber no menos que el anterior; y aun conviene, amadísimos oyentes, que os instruya en él con preferencia; pues por su medio llegaréis a entender mejor el primer punto.

Tenían los judíos un bautismo que quitaba las manchas corporales, no los pecados de la conciencia. Porque a nadie que hubiera adulterado, robado, o infringido de cualquier otro modo la ley, le podía librar de culpa; en cambio, si había tocado los huesos de un cadáver, si había gustado un manjar prohibido, si había tratado con leprosos, se lavaba y hasta la tarde permanecía impuro, después quedaba ya purificado. *Se Lavará su cuerpo con agua pura, dice, y será impuro hasta la tarde, y será purificado* (Lev. 15, 5). Porque no eran aquellas verdaderas culpas y manchas; sino que convirtiendo Dios por medio de estas cosas en muy religiosos a aquellos hombres tan imperfectos, los disponía para que fueran muy cuidadosos en la observancia de cosas mayores.

De modo que la purificación judaica no quitaba los pecados, sino tan sólo las manchas corporales. ¡Cuán distinta es la nuestra, y cuánto más estimable, y llena de mayores gracias! porque ella nos libra del

pecado y purifica el alma, y concede la alegría del Espíritu Santo. El bautismo de Juan era mucho más excelso que el de los judíos, pero más bajo que el nuestro, y como un puente intermedio entre estos dos bautismos, que conducía del judaico al nuestro; porque no lo conducía a la observancia de las purificaciones corporales, sino que, separándolos de ellas, exhortaba y aconsejaba el mudarse de malos en virtuosos, y el poner la esperanza de la salvación en la rectitud de las buenas obras, y no en diversos bautismos y purificaciones con agua. Porque, ¿qué decía? ; no, *Limpia tus vestiduras y lava tu cuerpo, y serás puro: sino Haced frutos dignos de penitencia* (Mt. 2, 8). Y por esto era superior al bautismo de los judíos, pero inferior al nuestro, porque el bautismo de Juan ni daba el Espíritu Santo ni concedía el perdón por medio de la gracia, puesto que mandaba arrepentirse, y no tenía en sí mismo la potestad de perdonar. Por lo cual decía: *Yo os bautizo en agua, mas él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego* (Mt. 3, 11). Por donde se ve que él no bautizaba en el Espíritu Santo. ¿Y qué quiere decir en que vieron sobre los Apóstoles repartidas lenguas como de fuego, y se posaron sobre cada uno de ellos. Y que el bautismo de Juan fue imperfecto, y no contenía en sí la alegría del Espíritu Santo, ni la remisión de los pecados, lo prueba este hecho: encontrándose San Pablo con algunos discípulos les dijo: *¿Recibistéis después de abrazada la fe el Espíritu Santo?* Ellos le respondieron: *“Ni aún siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo”*. Y díjoles: *“¿Con qué bautismo fuistéis bautizados?”* Le respondieron: *“Con el bautismo de Juan”*. Les dijo Pablo: *“Juan bautizaba con bautismo de penitencia”*; de penitencia, no de remisión: y, ¿en virtud de qué bautizaba? *Diciendo al pueblo que creyesen en aquel que había de venir después de él, eso es, en el Señor Jesús. Y oído esto, fueron bautizados en el nombre de Cristo Jesús. Y habiéndoles Pablo impuesto sus manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo* (Hech. 19, 2-6)”. ¿No ves cómo era imperfecto el bautismo de Juan? Porque si no hubiera sido imperfecto, no los hubiera bautizado de nuevo San Pablo, no les hubiera impuesto las manos; mas en esta ocasión, al hacer ambas cosas, dio bien a entender la soberana excelencia del bautismo apostólico, y cuán inferior a él era el antiguo.

Con esto hemos visto ya la diferencia de los diversos bautismos. Réstanos explicar ahora por qué es Cristo bautizado y qué bautismo recibe. No fue bautizada ni con el de los judíos, que es el primero, ni con el nuestro, que es el último; puesto que no necesitaba

de remisión de pecados (¿y cómo la había de necesitar quien ningún pecado tenía?) *Porque pecado, dice, no lo cometió, ni se halló dolo en su boca.* (1 Pe. 2, 22). Y en otra parte: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (Jn. 8, 46); ni carecía aquella carne de la participación del Espíritu Santo; y ¿cómo había de carecer de ella la que desde el principio fue formada por el Espíritu Santo? Si, pues, su carne ni carecía de la participación del Espíritu Santo, ni estaba sujeta a la culpa, ¿por qué fue bautizado? Mas antes es preciso que veamos qué bautismo recibió, y entonces recibirá mayor luz también este punto. ¿Cuál fue, pues, el bautismo que recibió? Ni el de los judíos, ni el nuestro, sino el de Juan. Y ¿por qué? Para que por la naturaleza misma del bautismo puedas conocer que no fue bautizado ni para borrar culpa alguna, ni para conseguir la participación del Espíritu Santo; pues nada de esto podía hacer aquel bautismo, según queda demostrado. Esto supuesto, consta que no fue al Jordán por alcanzar ni la remisión de los pecados ni la gracia del Espíritu Santo. Pero para que no pensara alguno de los que allí asistían que se presentaba como los demás para hacer penitencia, oye cómo también este error le previno y corrigió San Juan. Porque siendo así que a los demás decía: *Haced frutos dignos de penitencia; oye lo que dice a Cristo: Con que yo tengo necesidad de ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mí?* (Mat. 3, 14) Y al decir estas palabras daba bien a entender que no se le acercó Cristo por la misma necesidad que los otros, sino que estaba tan lejos de ser bautizado por esta causa, que era mucho mayor y sin comparación más puro que el mismo Bautista.

Si, pues, no fue bautizado ni por penitencia, ni por alcanzar remisión de pecados, ni por obtener la participación del Espíritu Santo, ¿por qué fue bautizado? Por otras dos razones: la primera, la que nos dice el discípulo; la otra, la que él mismo declaró a San Juan Bautista. ¿Y cuál dice San Juan que fue la causa de este bautismo? *Para que fuera conocido del pueblo.* Como también decía San Pablo que *Juan bautizaba bautismo de penitencia, para que creyeran en aquel que iba a venir después de él* (Hech. 19, 4); a esto se encaminaba el bautismo. Porque si fuese recorriendo las casas una por una y se acercara a las puertas y llamara a ellas, y dijera, teniendo de la mano a Cristo: *Este es el Hijo de Dios*; sería sospechoso tal testimonio y obra de mucho trabajo; y si asimismo le hubiera de tomar de la mano y llevarle a la sinagoga y allí manifestarle, por el mero hecho sería igualmente sospechoso el testimonio; pero el que, concurriendo toda

la gente de cada una de las ciudades al Jordán, y habitando en sus riberas, se llegara también Cristo a ser bautizado, y recibiera la recomendación del cielo por la voz de su Padre, y descendiera sobre él el Espíritu en figura de paloma, eximía de toda sospecha el testimonio que de él diera el Bautista. Por eso dice: *Yo no le conocía* (c. I, v. 31), haciendo con esto más fidedigno su testimonio. Puesto que, como eran allegados entre sí según la carne (pues, en efecto, así habló el ángel a María sobre la madre de Juan: *He aquí que Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo* (Lc. 1, 36); y si las madres tenían parentesco, es evidente que también los hijos); pues bien, siendo como eran parientes, para que no pareciese que Juan daba testimonio de Cristo por razón de su parentesco, quiso con particular providencia el Espíritu Santo que pasara Juan en el desierto la edad primera, no fuese que se atribuyera a la amistad o a algún otro interés parecido el testimonio que daba de él, sino que le anunciara como quien lo había aprendido de Dios. Por esto dice: *Y yo no le conocía*. Pues ¿y de dónde lo pudiste aprender? *El que me envió, dice, a bautizar con agua, me dijo: Sobre quien vieres bajar el Espíritu en forma de paloma y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo* (Jn, 1, 33). ¿Ves ahora por qué bajó el Espíritu Santo, no para indicar que aquella fuese la primera vez, sino para manifestar al que era predicado por San Juan, volando sobre él en forma de paloma, y como señalándose con el dedo a toda la gente? Tenemos, pues, aquí una razón por la que fue a ser bautizado. La segunda, es la que él dijo: ¿y cuál es? Al decirle Juan: *¿Yo tengo necesidad de ser bautizado por tí, y tú vienes a mí?*, le respondió: *Déjame por ahora, porque así no es justo llenar toda justicia* (Mt. 3, 14-15). ¿No ves aquí la fidelidad del siervo? ¿no ves la humildad del Señor?

¿Y qué quiere decir *llenar toda justicia*? Justicia se llama el cumplimiento de todos los preceptos; como cuando dice: *Eran ambos justos, y caminaban en los mandamientos del Señor sin queja* (Lc. 1, 6). Pues bien, como, por una parte, todos los hombres debían llenar esta justicia, y, por otra, no la cumplía y llenaba perfectamente ninguno, llega Jesucristo y la cumple.

¿Y qué justicia es, dirá alguno, el ser bautizado? El obedecer al profeta era justicia. Así, pues, como fue circuncidado, y ofreció sacrificio, y cumplió los sábados, y guardó las fiestas judaicas, así también añadió esto que le quedaba, que era obedecer al profeta Bautista. Porque quería Dios que entonces todos fuesen bautizados. Oye, si no,

como lo testifica Juan: *El que me envió a bautizaros con agua.* Y en otra parte nos los afirma Cristo: *Los publicanos y el pueblo entraron en los designios de Dios, bautizándose con el bautismo de Juan; mas los fariseos y escribas despreciaron la voluntad de Dios, no bautizándose con este bautismo* (Lc. 7, 29-30). Si, pues, el obedecer a Dios es justicia, y Dios envió a Juan para que bautizara al pueblo, además de todas las otras cosas de ley, también esta cumplió Jesucristo, Supón, pues, que son veinte denarios los mandamientos de la ley: esta deuda convenía que la pagara nuestra naturaleza; no la pagamos, cogiéndonos la muerte reos de estos delitos, vino Cristo, y, viéndonos cogidos, pagó la deuda, cumplió lo exigido, y libró de las garras de la muerte a los que no tenían con qué pagar. Por esto no dijo: *Me es conveniente hacer esto o aquello, sino llenar toda justicia. A mí, dice, que soy Señor y tengo, me conviene pagar por los que no tienen.* fue, pues, una razón de su bautismo, el que apareciera cumpliendo toda la ley, y otra razón fue la antes expuesta.

Por esto también el Espíritu Santo descende en forma de paloma; porque donde hay reconciliación de Dios, se representa por una paloma. Así, sobre el arca de Noé vino una paloma llevando un ramo de olivo, símbolo de la misericordia de Dios y de la transformación de la tempestad: también ahora vino el Espíritu Santo en figura, y no con cuerpo de paloma (y esto conviene que lo tengáis muy fijo) anunciando a la tierra la misericordia de Dios, y dando a entender, al mismo tiempo, que el hombre espiritual debe ser inocente, sencillo y sin pecado; como también lo dice Cristo: *Si no os convertís, y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18. 3). Pues bien; aquella arca, una vez que pasó la tempestad, permaneció sobre la tierra; mas este arca, una vez que pasó la ira, fue arrebatada al cielo, y ahora, aquel cuerpo puro e incorrupto esta a la diestra de su Padre.

III

Mas ya que he hecho mención del cuerpo del Señor, algo me es necesario deciros sobre él, antes de terminar el discurso. Se que muchos entre vosotros se acercan a esta sagrada mesa por la costumbre de hacerlo en esta festividad. Y convendría, como ya antes os lo he dicho muchas veces, no estar aguardando a las fiestas, cuando convenga comulgar, sino purificar la conciencia, y entonces llegarse a

recibir la sagrada hostia. Porque el que se halle reo de culpas e impuro, ni aun en la fiesta es justo que reciba aquella carne santa y dignísima de ser mirada con sagrado temblor. Mas el hombre puro, y que con diligente penitencia ha limpiado sus culpas, en la fiesta y siempre será digno de acercarse a los divinos Sacramentos, y gozar de los dones de Dios. Pero puesto que no sé cómo algunos no hacen caso de esto, y muchos, llenos de innumerables pecados, cuando ven que se acerca la fiesta, como empujados por ella se llegan a los santos Sacramentos, que ni aun ver debieran los que tiene tan mala disposición; a aquellos de quienes tal me conste, sin remedio los separaré yo mismo; a los que nos sean ocultos, se los dejaremos a Dios que ve lo más secreto de la mente de cada uno; pero aquellos en que abiertamente todos tienen culpa, me esforzaré este día en corregirlo.

Pues ¿cuál es esta culpa? El no acercarse con respeto, sino a empujones, a empellones, llenos de ira, levantando la voz, diciéndoos injurias, empujando al prójimo, llenos de turbación y tumulto. Esto, aunque muchas veces os lo he dicho no cesaré de decíroslo. En los juegos Olímpicos, cuando va por la plaza el prefecto de los certámenes, llevando en su cabeza una corona, ceñido de una túnica, con una vara en la mano, ¿no veis cuánto concierto se guarda, mientras clama el pregonero que haya paz y buen orden? Pues, ¿cómo no ha de ser absurdo que donde va con pompa el demonio, haya tal concierto, y donde llama Cristo para que a El nos acerquemos, haya grande turbación? ¿En la plaza silencio y reposo, y en la iglesia clamoreo? ¿En medio del mar serenidad, y oleaje en el puerto?

¿Por qué te turbas, hombre? respóndeme: ¿por qué te atropellas? ¿Es que te llama absolutamente la necesidad de los negocios? ¿Y crees siquiera que estás sobre la tierra? ¿Y piensas tú que estás con los hombres? ¿Y no es propio de un alma de piedra, el creer en tal ocasión que estás sobre la tierra, y no pensar más bien que te regocijas con los ángeles, después de haber cantado con ellos aquella mística melodía, y ofrecido con ellos a Dios aquel cántico de victoria? Que por esto Cristo nos llamó águilas diciendo: *Donde está el cuerpo, allí se reunirán las águilas*. (Lc. 18, 37); para que subamos al cielo, para que volemos arriba, aligerados por las alas del espíritu; mas nosotros, lo mismo que serpientes, nos arrastramos por el suelo y comemos tierra. ¿Queréis que os diga de dónde nace vuestra turbación y clamoreo? De que no os cerramos absolutamente las puertas, sino que os

consentimos retiraros y volver a vuestras casas ante de la última acción de gracias; lo cual, ya en sí, es señal de mucho desprecio. ¿Qué haces, hombre? ¿Estando presente Cristo, presentes los ángeles, preparada esta tormenta y sacrosanta mesa, mientras tus hermanos asisten todavía a los sagrados misterios, tú los dejas y te retiras? Invitado a un convite, aunque te hayas hartado antes, no te atreves a retirarte primero que tus amigos; y aquí, cuando se celebran los tremendos misterios de Cristo, cuando aún está presente el sagrado sacrificio, ¿lo dejas todo a medio acabar, y te retiras? Y tal conducta, ¿qué perdón merece? ¿qué género de defensa?

¿Queréis que os diga a quién imitan los que se retiran antes de terminar, y no ofrecen los himnos de acción de gracias, al fin del sagrado banquete? Quizá es terrible lo que voy a decir, pero, con todo, no hay más remedio que decirlo por la negligencia de muchos. Cuando participó de la última cena de aquella suprema noche Judas, permaneciendo dentro todos los demás, él, apresurado, salió fuera; ¡já éste, por consiguiente, imitan los que huyen antes de la última acción de gracias! Porque aquel, si no hubiera salido, no se hubiera hecho traidor, si no hubiera abandonado a sus discípulos, no se hubiera perdido; si no se hubiera escapado de aquel sagrado redil, no le hubiera el lobo encontrado solo, ni devorado; si no se hubiera alejado de su pastor, no hubiera sido presa de la bestia infernal. Así es, que aquel salió con los judíos; éstos con el Señor, después del himno de acción de gracias. ¿No ves cómo la última oración que decimos después del sacrificio se hace según este modelo?

Ahora, pues, amados hijos, pensémoslo, considerémoslo, temamos la condenación que a esta culpa se impone. El te concede su propia carne, y tú ¿ni con palabras siquiera le correspondest, ni le das gracias por lo recibido? Tú que, al recibir el alimento corporal, después de la mesa das gracias, al recibir el alimento espiritual, que sobre excede a toda criatura visible e invisible, hombrecillo como eres y de miserable naturaleza, ¿no te detienes a dar gracias con palabras y obras? ¿Y cómo no ha de ser esta conducta digna del más extremo suplicio? Esto os lo digo, no para que me alabéis, ni para que alborotéis y me aplaudáis, sino para que, acordándoos, al tiempo de comulgar, de estas palabras, observéis la modestia que conviene. Misterios se llaman éstos, y lo son; y donde hay misterios, conviene mucho recogimiento: luego, acerquémonos con mucho silencio, con mucho concierto, con la conveniente piedad a recibir esta sagrada hostia,

para que movamos a Dios a mayor benignidad, y purifiquemos el alma, y obtengamos los bienes sempiternos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA